

HOMENAJE A RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

COMO una novedad dentro del *Boletín de información lingüística de la Real Academia Española*, ofrecemos a los lectores, este año en el que se cumple medio siglo de su fallecimiento, dos textos como homenaje a **Ramón Menéndez Pidal** (1869-1968), filólogo e investigador que fue dos veces director de la RAE.

En primer lugar, publicamos un artículo de Menéndez Pidal, titulado «Defensa del idioma», que apareció en el *Boletín de la Real Academia Española* XLIV, 1964, págs. 169-171. En segundo, reproducimos, en edición facsímil, la respuesta de Marcelino Menéndez y Pelayo al discurso de ingreso en la Real Academia Española de don Ramón que versó sobre una obra de Tirso de Molina «El condenado por desconfiado», el 19 de octubre de 1902, y que no incluimos en esta ocasión.

A partir de ahora, con estos artículos daremos cabida a otro tipo de trabajos dentro de las publicaciones fundamentalmente lingüísticas del *BILRAE*.

Silla b

Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), catedrático de Filología Comparada del Latín y del Castellano en la Universidad Central de Madrid desde diciembre de 1899, había iniciado su carrera investigadora con un trabajo sobre el *Cantar de Mio Cid*, premiado por la Academia en 1893, germen de su celebrada edición crítica del poema épico (1908-1912); entre otras publicaciones de juventud puede todavía destacarse la aparición, en 1896, de su estudio *La leyenda de los infantes de Lara*.

Elegido para ocupar la silla b de la RAE, don Ramón pronunció el 19 de octubre de 1902 su discurso de ingreso sobre «*El condenado por desconfiado*» de Tirso de Molina, al que dio respuesta Marcelino Menéndez y Pelayo.

Dos años más tarde, en 1904, apareció una de sus obras más reeditadas, el *Manual elemental de gramática histórica española*. En 1906 publicó su edición

de la *Primera crónica general*, la única existente desde entonces. Su Orígenes del español salió a la luz en 1926 y, en 1928, su celebrada antología poética *Flor nueva de romances viejos*. La actividad docente e investigadora de Menéndez Pidal fue reconocida con distintos doctorados *honoris causa* en varias universidades europeas.

También formó parte, desde 1912, de la Real Academia de la Historia y en 1914 creó, en el Centro de Estudios Históricos, la *Revista de Filología Española*. Hasta la guerra civil de 1936 –salió de España tras su estallido y regresó en 1939– estuvo muy vinculado a la Junta de Ampliación de Estudios y a todas sus creaciones en el campo de la docencia y la investigación.

Don Ramón estuvo al frente de la Real Academia Española en dos períodos diferentes de su vida, de suerte que ocupa los lugares decimoctavo y vigesimotercero en la nómina de directores.

Fue elegido por primera vez, con carácter interino, el 23 de diciembre de 1925 y, ya en propiedad, el 2 de diciembre de 1926. Reelegido después en tres ocasiones más –la última, el 5 de diciembre de 1935– ocupó el cargo hasta su relevo en 1938.

Su segundo mandato comenzó el 4 de diciembre de 1947 y se prolongó hasta su muerte, el 14 de noviembre de 1968.

La RAE publicó en 2005, en colaboración con la Fundación Menéndez Pidal, su *Historia de la lengua española*, editada por su nieto, Diego Catalán Menéndez Pidal.



HOMENAJE A RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



D. Fernández. *Ramón Menéndez Pidal*, 1917. Gelatinobromuro, 137 x 90 mm.
ARAE, FRAE, FOT-017.

<http://archivo.rae.es/index.php/ramon-menendez-pidal-3>

INFORMACIÓN ACADÉMICA

DEFENSA DEL IDIOMA.

Carta dirigida por el Director de la Real Academia Española a los Sres. Ministros de Información y Turismo y Educación Nacional.

Excmo. Señor:

La extraordinaria difusión social de los actuales instrumentos informativos y publicitarios, así como la del cinematógrafo, hace que puedan ser valiosísimos medios de educación del lenguaje o, por el contrario, fomentar su corrupción. La Real Academia Española no puede menos de manifestar a los poderes públicos la honda preocupación que experimenta ante el influjo que la prensa, la radio, la televisión, el cine, los anuncios y marcas están ejerciendo sobre nuestro idioma. Aun cuando en periódicos y revistas españoles colaboran muchas de nuestras mejores plumas, y aunque son muchos los locutores de esmerada dicción, aparecen con frecuencia calcos de expresiones inglesas o francesas con olvido de las correspondientes españolas, barbarismos de sintaxis, vocabulario o pronunciación, rasgos fonéticos dialectales y vulgarismos inadmisibles. No se oculta a la Academia que el ritmo apresurado de la vida actual no siempre concede tiempo suficiente para buscar equivalentes justos y de abolengo español a palabras y frases extranjeras que es preciso traducir al momento. Tampoco olvida la Academia que las mismas corrientes que producen la creciente internacionalización de la cultura actual originan una comunidad terminológica a la que sería aldeano oponer barreras. Pero una cosa es cerrarse a las consecuencias del inter-

cambio cultural y otra muy distinta canalizarlas de modo que no vaya en detrimento del idioma. España no ha inventado el telégrafo, el teléfono, la radio ni la televisión; pero ha creado un sistema de comunicación de que hoy se valen ciento setenta millones de seres humanos. Este sistema, nuestra lengua, requiere constante cuidado y vigilancia. Precisamente la gran eficacia que hoy tienen los medios de difundir la palabra hablada o escrita obliga a que en ellos se atienda a su buen uso. Otro tanto cabe decir del doblaje de películas, anuncios, marcas comerciales, etc. Se ha dado el caso reciente de cubiertas de discos donde figuraban pasajes del *Quijote* traducidos en inglés. Por todo ello la Academia solicita de los poderes públicos la adopción de medidas que conduzcan a mayor pureza del lenguaje en todas aquellas manifestaciones en que la incorrección puede ser más dañina. Hay un laudable precedente hispanoamericano: el Congreso de Colombia aprobó en agosto de 1960 una ley para "la defensa del idioma patrio", reglamentada por decreto del 4 de febrero último. Los preceptos de estas disposiciones tienden a frenar la invasión de extranjerismos, con órdenes y sanciones muy precisas. El artículo II del decreto establece que "es obligatorio para los locutores, animadores y ejecutores de programas de radio y televisión la observancia de las disposiciones legales y reglamentarias sobre la defensa del idioma" y que "los directores de las estaciones y empresas respectivas velarán por el cumplimiento de dichas normas". "Esta exigencia" —añade— "deberá ser más estricta en las empresas oficiales dedicadas a esos sistemas de difusión." En España, con ser peligroso el extranjerismo desenmascarado, no lo es menos el que se emboza en calcos semánticos y sintácticos, y en general el descuido e incorrección del lenguaje. La legislación que la Academia solicita para la defensa del idioma debería intensificar la enseñanza de nuestra lengua en las escuelas de periodismo, teatro, cinematografía y en todos los demás centros destinados a formar técnicos cuyo uso de la palabra puede tener mayor influencia. Asimismo es de desear que el lenguaje correcto sea condición exigida para desempeñar los cargos y profesiones correspondientes.

La Real Academia Española espera del celo de V. E. dispense

favorable acogida al presente ruego, y que se digne dar las órdenes oportunas para evitar los peligros de corrupción idiomática que se han señalado.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 16 de marzo de 1964.

R. MENÉNDEZ PIDAL.



VIUDA DE AMAYRA Y FERNÁNDEZ. *Marcelino Menéndez y Pelayo*, [1894].

Albúmina, 88 x 53 mm. ARAE, FRAE, FOT-001-15.

<http://archivo.rae.es/index.php/manuel-del-palacio>

R. 40665

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

EL 19 DE OCTUBRE DE 1902



MADRID: 1902

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

DISCURSO

DE

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

«EL CONDENADO POR DESCONFIADO,
de Tirso de Molina.»

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

SRES. ACADÉMICOS:

El día presente no sólo es de júbilo para la Academia Española, sino que marca, á mi ver, el comienzo de un período de renovación en los estudios que son materia de nuestro Instituto. Al tomar asiento en esta Corporación el Sr. D. Ramón Menéndez Pidal, que es por ventura el más joven de los cultivadores de la filología y de la erudición literaria en España, y á quien sin ofensa de nadie hay que conceder en rigurosa justicia un puesto no inferior á otro alguno, no entra sólo un trabajador infatigable, un investigador afortunado á quien deben ya nuestras letras verdaderos é importantes descubrimientos, sino un lingüista y un crítico educado en todo el rigor del método histórico, y capaz de aplicarle á cualquier ramo de la ciencia literaria, con novedad, con sabio atrevimiento, con discreta parsimonia. La diferencia que media entre la retórica y el conocimiento positivo es la que separa los austeros trabajos del Sr. Menéndez Pidal de aquellos otros, fáciles y amenos, que en nuestras mocedades se decoraban con el nombre de crítica. En pocos años, y con pu-

blicaciones á primera vista fragmentarias y aisladas, ha transformado el aspecto de la Edad Media española, ha herido y penetrado dificultades y problemas que no se sospechaban antes de él, ha comenzado á resucitar un mundo épico, ha combinado y soldado formas de arte que hasta ahora aparecían desligadas, ha dado luz al caos de nuestra primitiva historiografía y al de los orígenes poéticos, y ha sometido á severo y escrupuloso examen lexicográfico, gramatical, histórico, los más antiguos y venerables monumentos del habla castellana. Una cátedra de filología ganada en público y honroso concurso ha sido galardón oficial de tales servicios: lo ha sido más valioso todavía el aplauso unánime con que los sabios de Europa más acreditados en este orden de estudios recibieron el primer libro del Sr. Menéndez Pidal, considerándole no ya como obra de excepcional valor, dentro y fuera del medio intelectual en que fué engendrada, sino como estímulo y ejemplo para la juventud española, que en él debía aprender cuán poco valen los dones más brillantes del ingenio, las más felices disposiciones de la naturaleza, cuando no las acompaña aquella severa é inflexible disciplina intelectual, tan atenta á lo pequeño como á lo grande, sin la cual degenera la erudición en fárrago impertinente y la agudeza mental en curiosidad pueril ó en vano juego de la fantasía.

Todos los trabajos publicados hasta ahora por el Sr. Menéndez Pidal, se refieren á la lengua y litera-

tura castellana de los tiempos medios. Sólo puede parecer una excepción el sólido y elegante discurso que acabáis de oír; y aun en éste se traslucen las aficiones dominantes del autor y los métodos que de continuo emplea: ya por la investigación de las fuentes de la comedia de Tirso, no menos remotas que las del Ganges sagrado; ya por el proceso crítico, que sólo puede aplicar con tanta novedad y fortuna á las obras de las edades clásicas el que largo tiempo se ha ejercitado en el análisis de otras que, precisamente por informes y rudas, exigen mayor esfuerzo de sagacidad y un arte de interpretación y combinación que se confunde con la adivinación en algunos casos.

Ejemplo memorable de ello dió el Sr. Menéndez Pidal en su primer libro, *La leyenda de los Infantes de Lara*, que sacando repentinamente su nombre de la penumbra universitaria, le hizo resonar con gloria donde quiera que se rinde culto á nuestra tradición épica. El autor no podía presentarse con aparato más modesto: se trataba de una simple monografía sobre un tema ciertamente popular, pero no el más famoso de nuestra poesía épica: tema, además, tratado por muchos, y por alguno de tal manera que parecía difícil añadir cosa de provecho á lo que él había investigado y conjeturado. Y sin embargo, el Sr. Menéndez Pidal hizo un libro que es enteramente nuevo desde la primera página hasta la última, y nuevo no solamente con la novedad material de textos y noticias, que es por cierto asombrosa é inesperada, sino

nuevo y aun pudiéramos decir novísimo en su concepto fundamental, que agranda los límites de nuestra epopeya y restablece la continuidad de la tradición en el punto en que parecía rota. Hay en el libro de *Los Infantes* una teoría completa, que no se funda en vagas generalidades, sino en la comprobación experimental y minuciosa de un caso que vale por muchos.

El conocimiento de nuestra poesía heroica de los tiempos medios ha pasado en España y fuera de ella por tres fases, que son lógicamente necesarias en este orden de estudios. El primer período fué de entusiasmo precientífico, de intuición poética, en que el amor abrió los ojos de la ciencia. En Alemania le representa Herder con su versión bastante libre é indirecta de los romances del Cid (1806), que todavía es popular en Alemania, y que fué libro capital en la época romántica, suscitando entusiasmos desmedidos, no tanto quizá por lo que contenía como por lo que dejaba entrever. Cuando Hegel, por ejemplo, en su famosa *Estética* calificó no menos que de «collar de perlas» comparable con los poemas homéricos, estas rapsodias tan tardías, á veces tan amaneradas y tan infieles á su origen, no fué acaso por la ligereza en que suelen incurrir los hombres de genio sintético cuando tratan de cosas que no les son familiares, sino porque á través de la ingeniosa labor de los poetas del siglo xvi, cuya elegante ironía se confunde con la parodia, acertó á vislumbrar los rasgos

de una poesía verdaderamente nacional y primitiva que debía de existir en otra parte, y que en efecto existía. El principal monumento de ella era del dominio público desde 1779; pero nadie, exceptuando á Roberto Southey (1814), llegó á tasarle en el valor altísimo que todos le conceden ahora, aun bajo el aspecto meramente poético. Los más le estimaban como antigualla venerable: continuaba relegado á las colecciones eruditas, mientras el gusto de los aficionados se iba por el florido y ameno sendero de los romances, á los cuales solía atribuirse una antigüedad fabulosa: el nombre del Cid llenaba el mundo, pero quien triunfaba era el Cid falsificado, el Cid teatral y galante, no el de las heróicas gestas; que éste continuaba durmiendo en su sepultura de Cardeña ó de Burgos hasta que otra generación de eruditos le despertase.

Multiplicábanse, entre tanto, las ediciones de los romanceros, y comenzaba á depurarse el texto con ayuda de mejores fuentes. Precursor de la época nueva, y aun pudiéramos decir de la novísima, fué Jacobo Grimm, cuando en su *Silva* (1815) distinguió con intuición certera y genial los romances viejos de los que no lo son, á la vez que adivinaba la teoría del primitivo metro épico, restableciendo el hábito de escribirle en líneas largas. Pero estas semillas no fructificaron por de pronto, y en los dos más célebres y copiosos romanceros, el de Depping y el de nuestro venerable Durán, persistió la clasificación por

asuntos, y con ella la mezcla del primitivo fondo épico, del juglaresco y del artístico.

El servicio que prestó Durán, no sólo como admirable colector, sino principalmente como crítico, como despertador de inteligencias, como primer maestro en España de una estética nueva, como renovador de un sentido poético y tradicional que comenzaba á perderse, es de los que no admiten encarecimiento posible, y para los cuales sólo la gratitud de un pueblo puede ser digna recompensa. Lo que había sido puro instinto en los poetas románticos, se presentó en los escritos de Durán, desgraciadamente pocos y breves, pero llegados muy á tiempo, con caracteres de reflexión y de teoría, que entonces sorprendieron, pero que poco á poco se fueron incorporando en el pensar común, y en él continúan viviendo. Las fechas de estos escritos son suficiente excusa de sus deficiencias. Ni en 1832 cuando Durán puso término á su primer romancero, ensayo de aficionado más que de erudito; ni siquiera en 1849 cuando en plena madurez de sus estudios levantó el monumento que conocemos, eran familiares en España, y aun puede decirse que apenas comenzaban en Europa, las investigaciones de literatura comparada de los tiempos medios, sin las cuales tenía que carecer de base sólida la historia particular de la poesía de cualquier pueblo. Las cuestiones de orígenes eran un caos inextricable: faltaban puntos de comparación, faltaban textos: la mayor parte de las epopeyas fran-

cesas yacían inéditas; y de los eruditos de nuestra lengua y raza no sé que nadie las hubiese estudiado, fuera de D. Andrés Bello, á quien su larga emigración en Londres facilitó el acceso de algunos códices, que le sugirieron peregrinas enseñanzas, sobre las cuales ha pesado la desgracia de no ser conocidas ni divulgadas á tiempo.

Pero aun dentro del dominio nacional, que Durán exploró á fondo, se le puede tachar de haber prestado exclusiva atención á los romances, de haberles concedido una antigüedad de todo punto inadmisibile, de haber descuidado casi siempre la comparación con otros textos, ya poéticos, ya históricos, ya legales, que son el único instrumento que tenemos para determinar la cronología de estos pequeños poemas, para interpretar rectamente su sentido, para comprender el medio en que florecieron y el grande árbol de que fueron desgajados. Faltó también á Durán, como á todos los eruditos de su época, ateniéndose casi siempre á la letra de los romances impresos, que son los mejores, pero no los únicos, la poderosa ayuda de la tradición oral, cuya importancia él adivinó, pero que apenas comenzaba entonces á revelar sus secretos: el estudio comparativo de la canción popular, viva aún en labios del vulgo, y que sin salir de nuestra Península, nos ha ofrecido, en Asturias, en Portugal, en Cataluña, un tan inesperado y rico suplemento, que á la vez que prueba la unidad del fondo étnico, deja patente la supremacía y univer-

sal influjo de Castilla en este orden de narraciones poéticas.

Mucho de lo que Durán no pudo realizar, por culpa de los tiempos y del medio en que vivió, más que suya, se encuentra en los trabajos de Fernando Wolf, cuyo nombre señala otro período en el conocimiento de nuestra poesía tradicional. La literatura española le debe servicios tales que nunca serán pagados con excesivo agradecimiento. No sólo aventajó en erudición á casi todos los hispanistas que hasta nuestros días han aparecido, sino que logró, por caso rarísimo en un extranjero, la penetración más honda del alma poética de un pueblo que no llegó á visitar nunca, y que sólo conocía por los libros. Si prescindimos de lo que puede haber envejecido en las teorías métricas de Wolf y en sus consideraciones históricas, todavía queda en los *Studien*, en el prólogo y notas de la *Primavera*, y en las innumerables disertaciones y memorias sobre temas españoles con que el laboriosísimo bibliotecario enriqueció las actas de la Academia de Viena y las páginas de muchas revistas y colecciones sabias, un tesoro de doctrina crítica, del cual no sé si se han aprovechado bastante los historiadores de nuestra literatura. La clasificación de los romances avanzó grandemente con los trabajos de Wolf, y fué adquiriendo cada día más precisión y fijeza. Al texto ecléctico de Durán formado por la combinación de varias lecciones, sucedió el texto genuíno de la *Primavera y flor de ro-*

mances, en que se siguió la letra de los romanceros más antiguos, anotando con puntualidad todas las variantes. A este trabajo de depuración, proseguido con feliz empeño, acompañó el hallazgo de numerosos pliegos sueltos, que contenían romances enteramente nuevos ó mejoraban el texto de los ya conocidos. Versado profundamente Wolf en el conocimiento de las canciones populares de muchos países, y de la literatura novelesca general, aplicó sagazmente estos conocimientos á la materia española, y obtuvo, por medio de la comparación, inesperada luz en muchas cuestiones. Sometió á inteligente análisis los principales monumentos poéticos de la Edad Media castellana, pero no aventuró una síntesis, ni provisional siquiera; no sólo porque en su tiempo hubiera sido prematura, sino porque á ello se opusieron, desorientándole en más de un caso, un capital error suyo sobre la forma métrica de los romances, y otro más grave sobre la naturaleza de las canciones de gesta, que se empeñaba en considerar como importación exótica é independiente del desarrollo de nuestra poesía popular.

El ejemplo de Durán por una parte, y por otra el estímulo de los trabajos de Wolf y de la brillante exposición de Clarus (aunque imperfectamente conocidos al principio), y el más directo de Huber y Dozy en sus respectivas monografías sobre el Cid, despertaron á mediados del siglo XIX el espíritu de investigación que parecía aletargado en España; y

comenzando por manifestarse en estudios parciales, hizo ya bizarro alarde de sus fuerzas en la *Historia crítica de la literatura española*, trabajo hercúleo de D. José Amador de los Ríos, que hará por siempre grata y respetable su memoria á pesar de las detecciones de la envidia impotente, que no le perdonó ni vivo ni muerto. El carácter enciclopédico de la obra de Amador, el enorme material que organizó por vez primera, la atención que tuvo que dividir entre tantas y tan arduas cuestiones, á la vez que atenúa cualquier defecto que en ella pueda notarse, nos mueve á desear que en adelante, trazadas como están ya las líneas generales del monumento, se ejercite la actividad de sus continuadores en la forma monográfica, que la complejidad, cada día creciente, de la materia histórica, y las exigencias del método, más rígidas cada vez, imponen de consuno.

Así lo comprendió el gran maestro catalán á quien debe nuestra epopeya castellana su primer tratado clásico, digno de ponerse al lado de los que en otras partes, y en materia análoga, honran los preclaros nombres del autor de la *Historia poética de Carlomagno* y del investigador de los *Orígenes germánicos de la epopeya francesa*. Juntáronse en aquel varón inolvidable el amor más profundo y sincero á la poesía popular, la más recóndita penetración de sus nativas y peculiares bellezas, y la inflexible disciplina del método histórico y comparativo, que en gran parte tuvo que adivinar, puesto que, dicho sea en

honra suya, el Dr. Milá y Fontanals fué, lo mismo en filología románica que en historia literaria de los tiempos medios, un verdadero *autodidacto* que todo lo debió á su investigación personal y á la ardua y perseverante labor con que ya en edad madura emprendió asimilarse un género de cultura crítica, enteramente diverso de los amenos estudios estéticos y de humanidades en que había empleado la mayor parte de su vida. No le fueron inútiles, ni mucho menos, tales estudios, en esta nueva dirección de su espíritu; pero el hombre de ciencia fué sobreponiéndose de tal modo al literato, que quizá el único defecto de su obra capital, y la razón única de que hasta ahora su influencia no haya sido general, aunque ha sido tan honda en algunos espíritus, sea el estilo sobrio, desnudo, casi matemático en que llegó á escribir Milá, no porque desdeñara el arte de composición y exposición de que en sus discursos y escritos populares dió bellas muestras, sino por un escrúpulo de precisión que llegaba á ser escrúpulo moral, como si viese en los artificios del estilo un lazo tendido á la integridad y parsimonia de la verdad científica. Tan violenta, aunque en cierto modo necesaria, reacción contra los hábitos de nuestro vulgo literario, y aun de muchos que no son vulgo, le quitó por de pronto lectores, fuera del círculo de los especialistas en arqueología literaria. Y como éstos son rarísimos en España, aconteció que el tratado *De la poesía heróico-popular*, apenas leído aquí al

tiempo de su aparición aun por los que más obligados estaban á leerle y entenderle, salvó triunfante el Pirineo, el Rhin y los Alpes, y ha sido más citado y estimado que ningún otro libro de erudición española, porque representaba no sólo un acrecentamiento de doctrina, sino un cambio de método. La unidad de nuestra poesía heróica, el verdadero sentido en que ha de tomarse el ambiguo nombre de popular que lleva, la genealogía de los romances y su derivación mediata ó inmediata de los cantares de gesta, las relaciones entre la poesía y la historia, el valor de las crónicas como depósito de la tradición épica y medio de reconstituir los poemas perdidos, el influjo de la epopeya francesa en la castellana, la teoría métrica del primitivo verso narrativo y de sus evoluciones, fueron puntos magistralmente dilucidados por Milá; y si es verdad que en casi todos había tenido precursores, como él leal y modestamente reconoce, también lo es que por él quedaron definitivamente conquistados para la ciencia, y que él fué quien los redujo á cuerpo de doctrina, corroborándolos con el estudio paciente y minucioso de cada ciclo, en que su sagacidad logró verdaderos triunfos, especialmente en la leyenda de Bernardo y en la del Cid. Quien tenga que discurrir en adelante sobre estas materias habrá de tomar por guía el libro de Milá, so pena de confundirse y extraviarse. Leído á tiempo y bien entendido puede encaminar la educación literaria de muchos, como encaminó la del se-

ñor Menéndez Pidal, y pudiera decirse que la mía, si no pareciera demasiada ambición de mi parte, pues aunque recibí directamente la enseñanza de Milá, y le debí muy particular estimación y cariño, apenas me atrevo á decir de él lo que Stacio de Virgilio: «*Longe sequor et vestigia semper adoro.*»

El puesto de Milá y Fontanals en nuestra literatura ha estado vacante muchos años. Hoy le ocupa dignamente D. Ramón Menéndez Pidal, único que con justicia puede llamarse discípulo suyo, aunque lo sea de sus libros y no de su palabra. Pero no en vano habían pasado veinte años desde 1876, fecha del tratado *De la poesía heróico-popular*, hasta 1896, fecha de la *Leyenda de los Infantes de Lara*. El novel autor se presenta enriquecido con todos los resultados del enorme trabajo filológico que se ha ido desenvolviendo en torno de la vieja epopeya francesa, y trae al mismo tiempo nueva savia á la erudición española con el hallazgo de preciosos documentos que Milá no pudo tener á la vista, porque su obligada residencia en Barcelona (donde no abundan los manuscritos castellanos antiguos), y la escasez de medios bibliográficos con que trabajó siempre, le forzaron á prescindir de las crónicas inéditas (salvo algún apunte ó extracto comunicado por sus amigos), teniendo que atenerse á la *General* impresa por Ocampo, que es una de las más tardías refundiciones de la gran compilación del Rey Sabio. Así y todo, es maravilla lo que logró adivinar ó entrever en

aquellas páginas, acertando en lo substancial aunque errase en algún pormenor por falta de datos. Precisamente el libro del Sr. Menéndez Pidal viene á confirmar la tesis capital de Milá respecto de la derivación de los romances, aplicándola á un caso en que el maestro la sospechó, pero no pudo resueltamente afirmarla.

Sin haber en nuestra primitiva poesía heróica verdaderos y extensos ciclos, como los hay en la epopeya francesa, puede notarse un cierto número de temas predilectos, cuya elaboración continúa á través de los siglos, modificándose al compás de las vicisitudes del gusto literario y de las transformaciones históricas de nuestro pueblo. Estos temas épicos, prescindiendo del de la pérdida de España, que no es nacional de origen, aunque llegó á españolizarse mucho, se reducen á cuatro: Bernardo del Carpio, los Infantes de Lara, Fernán González y sus sucesores, y finalmente el Cid, que eclipsa á todos los héroes poéticos que le precedieron, y de quien puede decirse que es la más alta encarnación y representación de nuestra poesía histórica. Esta razón y también la no menos valedera de haberse conservado acerca de sus hazañas documentos más extensos y antiguos que los que tenemos sobre los demás personajes que en nuestra Edad Media dieron asunto á la canción popular, han hecho que la atención de los críticos se haya inclinado con preferencia á esta grandiosa figura, y principalmente al venerable poe-

ma en que la gloria del Campeador se confunde con los orígenes de nuestra lengua y poesía.

Pero nadie duda hoy que ese poema, aunque solitario hasta ahora, no fué el único, ni tampoco el primero de su género, sino que perteneció á una serie bastante rica de *cantares de gesta*, que en su primitiva forma no conocemos ya, pero que indirectamente nos son revelados por otros textos históricos y poéticos en que persistió la materia épica, aunque la forma cambiase. La *Crónica general*, recogiendo en extracto las gestas primitivas, contribuyó mucho á que se perdiesen, pero no las extinguió del todo. Lo que hicieron fué tomar nueva forma, surgiendo en el siglo xiv una épica secundaria, que influyó á su vez en las refundiciones de la *Crónica*, y de la cual, además, nos quedan, aunque pocos, notables fragmentos, que arrojan inesperada luz sobre el origen de los romances, tenidos en otro tiempo por la forma más antigua de nuestra poesía popular, cuando son, por el contrario, la más reciente, y apenas puede decirse que pertenezcan á la Edad Media más que por su inspiración primitiva. Heredaron el metro de diez y seis sílabas, propio de la segunda edad de nuestra epopeya (como vemos en la *Crónica Rimada*, y en la abundancia de octosílabos que contiene la *Crónica particular del Cid* sacada de una de las refundiciones de la *General*), y fueron, en la mayor parte de los casos, ramas desgajadas del tronco épico, más bien que vegetación lírica nacida á su sombra.

Tales observaciones reciben plenísima comprobación en el tema particular de los Infantes de Lara, donde, gracias al Sr. Menéndez Pidal, pueden seguirse, una por una, todas las fases de la evolución épica.

No hay texto de la leyenda de los siete Infantes anterior al muy detallado relato de la *Crónica general*; pero éste (basta leerle) es transcripción de un texto épico, quedando todavía huellas de versificación y muchos asonantes. Es la única forma en que conocemos el cantar primitivo, que fué seguramente el más grandioso, el más trágico, el más inspirado de todos. «Aquí vos diremos de los Siete Inffantes de Salas, de cuemo fueron traydos et muertos en el tiempo del rey don Ramiro et de Garci Fernandez, cuende de Castiella.»

Esta sombría epopeya de la venganza, compuesta seguramente en el siglo XII, como todas nuestras grandes gestas, tiene un carácter tan realista, tan profundamente histórico, tan sobrio de invenciones fantásticas, que es imposible dejar de ver en ella el trasunto fiel de una tragedia doméstica que impresionó vivamente los ánimos en un siglo inculto, y que hubo de pasar á la poesía con pocas alteraciones. La geografía es muy exacta, y se contrae á un territorio muy pequeño: los hechos, á pesar de su bárbara fiereza, nada tienen de inverosímiles, exceptuando las enormes matanzas de moros, hipérbole obligada en las canciones heróicas, comenzando

por la de *Rolland*. La parte de pura invención se distingue en seguida: es el personaje del vengador Mudarra, imaginado para satisfacer la justicia poética.

¿Pero fué el cantar de los Infantes que conocemos por la *Crónica general* el único poema antiguo sobre este argumento? ¿No habría ninguna forma de transición entre ella y los romances? Gracias á las investigaciones del Sr. Menéndez Pidal, podemos contestar resueltamente que sí. Hubo, por lo menos, un segundo cantar, compuesto después de la *Crónica* de Alfonso el Sabio y antes del año 1344. Hubo, según toda apariencia, un tercer cantar posterior á esta fecha. Uno y otro influyeron á su vez en las historias eruditas y modificaron profundamente los datos de la leyenda.

Sabido es que en 1344, y probablemente por mandato de Alfonso XI, gran continuador de las empresas jurídicas y aun de algunas de las literarias de su bisabuelo, se hizo una refundición total de la *Crónica* del Rey Sabio, enriqueciéndola con nuevos materiales poéticos, que no eran todavía los romances, pero que estaban ya muy próximos á ellos. Esta es la que llamamos segunda fase épica, ó nueva generación de *cantares de gesta*, todavía más extensos que los antiguos, de los cuales eran amplificación un tanto verbosa y amanerada. Por lo que toca á los Infantes de Lara, conocemos el segundo cantar mucho más completamente que el primero, puesto que no sólo quedan de él redacciones en la prosa de dos

crónicas (esta segunda *General* y la particular de Fernán González desglosada de ella), sino también largos fragmentos versificados que el Sr. Menéndez Pidal ha tenido la fortuna de encontrar en una refundición de la tercera *Crónica general*.

Las principales diferencias entre este segundo cantar y el primero se encuentran especialmente en la segunda parte de la leyenda, en las aventuras de Mudarra, tan sobriamente indicadas en la gesta antigua, y que aquí cobran gran desarrollo y se enriquecen con accidentes novelescos, hasta el punto de constituir, no un mero desenlace ó epílogo, sino una segunda parte, donde se observan todos los ingeniosos artificios de que se vale la épica decadente para mantener vivo el interés y excitar la curiosidad de los oyentes. Es, por decirlo así, el tránsito de la epopeya á la novela. Es el período en que se cantan las mocedades de Roldán, las del Cid, las de Mudarra. El nuevo juglar, como el antiguo, conocía la epopeya francesa y la explota en sus formas degeneradas, pero muestra más talento y gusto que sus modelos (el *Gallien Rhetoré*, por ejemplo, y las últimas versiones del tema de Roncesvalles). Los detalles domésticos en que á veces entra tienen un sabor como de pequeña Odisea, y no es despreciable el artificio con que lleva su cuento. Le falta la ingenuidad, la plena objetividad épica; pero como todavía está cerca de la fuente, cuando no se empeña en inventar cosas extraordinarias, y se limita á refundir,

consigue bellezas dignas de los mejores tiempos de la poesía heróica. Un ejemplo de esto puede hallarse en el magnífico trozo del llanto de Gonzalo Gustios sobre las cabezas de sus hijos, que es el más extenso é importante de los fragmentos que ha descubierto y restaurado el Sr. Menéndez Pidal. Cabe á nuestro compañero la gloria de haber añadido un documento más á los dos únicos que se conocían de nuestra epopeya; teniendo el cantar *de los Infantes*, por la pureza de su texto, más importancia en el proceso literario que el informe centón de la *Crónica Rimada*, en que la mano de un compilador y refundidor poco diligente y muy tardío, zurció trozos de diversas canciones, alterándolas y modernizándolas á su guisa.

Descubrir en estos tiempos un nuevo cantar de gesta cuando hasta los más doctos habían perdido la esperanza de acrecentar el exiguo caudal poético de los primeros siglos de nuestra lengua; restaurarle con ciencia ingeniosa y paciente, hubiera sido ya notable triunfo; pero el Sr. Menéndez Pidal no se detuvo en esto. El hallazgo del *Cantar* fué para él un rayo de luz que le sirvió para explicar la generación de los romances viejos relativos á los Infantes, incluso los dos que se habían resistido al análisis de Milá, y que son por cierto los más bellos. Uno es aquél tan grandioso y trágico que comienza:

Pártese el moro Alicante—víspera de San Cebrián.....

Con razón notaba Milá cuán difícil era que un

poeta romancerista de los últimos tiempos de la Edad Media, por muy impregnado que estuviese del espíritu popular, hubiera podido llegar á tal alteza de inspiración, á tan terrible, magnífica y bárbara poesía; y tanto esto, como la imperfección de algunos versos y el cambio de asonante, le hicieron sospechar que el autor del romance habría tenido presente en su integridad el cantar primitivo, que sólo en extracto nos presenta la *Crónica general*. Hoy sabemos á ciencia cierta, gracias al Sr. Menéndez Pidal, que el romance en cuestión no es más que un rápido y elocuente resumen del llanto de Gonzalo Gustios sobre las cabezas de sus hijos, en la *gesta* segunda de los Infantes, lo cual no excluye, ni mucho menos, la posibilidad de que ya en el poema primitivo se encontrase la misma situación más ó menos desarrollada. «Difícilmente se hallará otro romance que menos se desvíe del tronco de donde procede; apenas hizo más que brotar, sin haber continuado su desarrollo, ni entrado en un período de elaboración más popular é independiente, quizá á causa de la escasez de elementos narrativos, pues su parte más esencial é interesante se reduce á un reiterado lamento.»

No es de tan directa procedencia el pequeño y famoso romance *A cazar va Don Rodrigo*, que Víctor Hugo imitó en una de sus *Orientales*. Pero aunque tratado con cierta libertad de fantasía lírica que le asimila á los romances caballerescos, no puede negarse su enlace con el segundo poema, ó con alguna

de las refundiciones que de él pudieron hacerse, y de ningún modo con la *Crónica*, donde no se encuentra rastro del diálogo entre Ruy Velázquez y Mudarra. Este romancillo, pues, tan rápido, tan enérgico, tan celebrado como espontánea inspiración de la musa popular sobre un tema épico, no constituye ya una excepción á las leyes de nuestra poesía heróica, sino que antes bien las confirma, y puesto en parangón con el anterior, nos muestra dos momentos distintos en la evolución del género, enteramente narrativo al principio, episódico, fragmentario y con tendencias lírico-dramáticas después.

Todos los romances viejos relativos á los Infantes de Lara, coinciden, como ya advirtió Milá, en tener las mismas series de asonantes; nuevo indicio exterior ciertamente, pero muy poderoso, de haber sido desmembrados de un relato poético más extenso, donde predominaban aquellas terminaciones. No es posible compendiar aquí el delicado y sutil análisis que el Sr. Menéndez Pidal hace de las diversas alteraciones que experimentaron estos romances; y mucho menos seguirle en los admirables capítulos en que desarrolla las vicisitudes de la leyenda á través de la historiografía, de la poesía culta y del teatro, sin olvidar obra ninguna, descubriendo no pocas ignoradas, caracterizándolas todas con toques expresivos, y deteniéndose con particular fruición en las debidas á ingenios próceres, como *El Bastardo Mudarra* de Lope de Vega, y *El Moro Expósito* del Duque de Ri-

vas. Una monografía ejecutada de este modo enseña más sobre la historia poética de un pueblo, y sugiere más fecundas ideas y comparaciones que un curso entero de historia literaria. Y para que nada faltase en este libro, ni siquiera la amenidad inherente á los relatos de viajes, corona el autor su magnífico trabajo relatándonos el que hizo en 1895 por la Castilla épica, recorriendo los principales itinerarios descritos en los cantares de gesta, y recogiendo de boca del pueblo todos los recuerdos y tradiciones locales que pueden servir para ilustrarlos. Esta exploración en que ningún erudito había pensado, esta nueva aplicación del método crítico á la leyenda viva aunque adulterada, este ensayo de geografía poética, ha dado al Sr. Menéndez Pidal sorprendentes resultados, no sólo en el tema de los Infantes, sino también en el del Cid.

Tal es el libro del Sr. Menéndez Pidal por lo que toca á su materia y contenido; pero lo que no puede resumirse en pocas líneas, lo que hay que estudiar en cada página de la obra misma, es el método preciso, severo, verdaderamente científico que la informa. Ni declamaciones, ni vaguedades: el autor se ciñe sobriamente á su asunto, y llega á apurarlo; pero como tiene el don de ver lo general en lo particular, ilustra de paso y con gran novedad y discernimiento ya la teoría histórica de nuestra epopeya, ya los puntos más oscuros de nuestra primitiva versificación, ya las instituciones y costumbres á que se alude en los

poemas, ya las frases de dudosa interpretación que en ellos ocurren.

La crítica, unánime esta vez en la alabanza, rara vez tributada hoy á libros españoles, saludó con júbilo y con profundo respeto esta sabia restauración de un monumento casi destruído; y por boca de los más eminentes maestros de la erudición medioeval, comenzando por el venerable Gaston Paris, que le dedicó dos largos artículos en el *Journal des Savants*, declaró que el estudio era definitivo; que después del Sr. Menéndez Pidal era inútil volver sobre la materia, y que nuestro joven filólogo había descubierto y demostrado de un modo irrefutable que la vida de la epopeya castellana había sido más larga, más rica y más variada que lo que se había creído hasta ahora. Nuestro insigne correspondiente Morel-Fatio, á quien tanto deben en Francia los trabajos hispánicos de historia y literatura, terminaba su artículo de la *Romania* con estas palabras: «Si este libro es leído y comprendido, puede provocar en España un verdadero renacimiento de los estudios filológicos é históricos.»

En los cinco años transcurridos desde la publicación de la *Leyenda de los Infantes*, el Sr. Menéndez Pidal ha comenzado á desenvolver algunas partes de su magnífico programa, que cuando esté íntegramente realizado, equivaldrá á una renovación total de la historia de nuestra lengua y literatura durante los siglos medios. En las *Notas al Romancero de Fernán*

González nos ha dado, con título modesto, otro capítulo de nuestra poesía heróica, tan nuevo, tan ingenioso como el primero.

Pasaba hasta ahora por inconcuso que los cantares de gesta relativos al primer Conde soberano de Castilla, habían desaparecido del todo, atribuyéndose esta pérdida al uso que la *Crónica general* hizo del poema de clerecía que como texto erudito había suplantado á las canciones de los juglares, borrando hasta sus huellas. Quedaba, por tanto, una laguna entre el Poema y los romances, y era imposible explicar la filiación de algunos de ellos (especialmente de aquel tan arrogante y brioso de la entrevista del vado de Carrión), con el único apoyo de los fragmentos de la *Crónica Rimada*, como pretendió Milá. Estudiando á fondo la *Segunda Crónica general*, la de 1344, encontró el Sr. Menéndez Pidal inesperada luz para resolver este problema, y confirmar de nuevo su teoría sobre la que podemos llamar segunda edad de nuestra epopeya. En este ciclo, lo mismo que en el de los Infantes, la elaboración épica duró mucho más de lo que se ha supuesto, y no fué interrumpida por la redacción de las Crónicas. Los compiladores y refundidores de éstas siguieron prestando atento oído á las variaciones del canto popular, y conforme á ellas retocaron sus historias, dejando siempre en su ingenua y desatada prosa reliquias de versificación, reliquias de diálogo, todos los caracteres de la manera épica, en suma. Hubo un nuevo

cantar, acaso varios, sobre las hazañas de Fernán González, á fines del siglo XIII ó principios del XIV, es decir, en el intermedio de las dos *Crónicas generales*, y cabalmente en uno de los fragmentos que la segunda nos ha conservado está la substancia del romance *Castellanos y Leoneses*, cuyo remoto origen y carácter francamente heróico había reconocido Milá, sin acertar con la fuente verdadera. De este modo se ensanchan cada día los términos de nuestra epopeya: se adivinan ó reconstruyen nuevos poemas perdidos: empiezan á poblarse los que antes parecían desiertos anales poéticos de nuestra Edad Media: indicaciones casi perdidas, cobran ahora su valor dentro del íntegro proceso histórico: el análisis va penetrando hasta los últimos tejidos de la materia tradicional, que tantas veces renovada y siempre viva, comienza á bullir y agitarse bajo la mano del sabio y paciente investigador, como si aspirara á organizarse de nuevo.

Todo libro ó memoria del Sr. Menéndez Pidal sugiere otros muchos, y contiene mucho más de lo que su título indica. ¿Quién podría sospechar, si no conociese al autor, que bajo el modesto título y forma de un *Catálogo de las Crónicas generales de España existentes en la Biblioteca particular de S. M.* (Catálogo que, aun considerado como tal, es perfecto modelo en su línea), se ocultase nada menos que el primer estudio formal acerca de la historiografía española, la primera y afortunada tentativa para desembrollar

el caos de las innumerables redacciones y refundiciones, compilaciones y epítomes que consultados aisladamente por los eruditos antiguos han traído tantas confusiones al campo de la historia positiva, y al de la historia poética y legendaria, que no es menos real que aquélla aunque lo sea con otro género de verdad más honda? El Sr. Menéndez Pidal ha penetrado con paso firme en este laberinto, y podemos seguirle con entera confianza. El árbol genealógico que ha llegado á trazar de todas las ramas cuyo tronco es el gran libro de Alfonso el Sabio, puede tenerse por definitivo, salvo algún hallazgo imprevisto. La munificencia de la Casa Real ha costeado la edición de este magnífico Catálogo, que será el primero de una serie destinada á revelar los tesoros bibliográficos de aquella colección poco frecuentada y conocida por los eruditos hasta nuestros días.

Nada os diré, señores Académicos, de la *Gramática y Vocabulario del Poema del Cid*, puesto que premiándola por unanimidad, habéis dado el más alto testimonio de su mérito, con honra vuestra y de la ciencia filológica española, que crecía obscura y tímida entre unos pocos *autodidactos*, y que por primera vez logra en la persona del más joven é ilustre de sus representantes la doble consagración de un triunfo en público certamen y de una cátedra abierta por primera vez para su enseñanza, cátedra que, mientras la ocupe tal profesor, no ha de ser un nuevo foco de vanidad y palabrería, sino verdadero la-

boratorio en que se forme y adiestre una legión de trabajadores, destinados acaso á completar la labor de su maestro en cuanto á la Edad Media, y, sobre todo, á aplicar los mismos procedimientos de alta crítica y vigilante indagación á los textos de la época clásica, que hasta ahora sólo han sido estudiados, y eso de una manera incompleta, desde el punto de vista de la crítica literaria.

Nada diré tampoco de la novísima edición que nuestro compañero ha hecho del *Poema del Cid*, aplicando á ella todos los recursos de la ciencia paleográfica, y aun de lo que pudiéramos llamar arte de la paleografía, sin retroceder ante el empleo de reactivos para tratar el códice: menos enérgicos, sin embargo, que el reactivo de su privilegiada y nativa sagacidad que le ha ayudado á descifrar lo que nadie antes de él había advertido, y á restablecer versos enteros, entre ellos los últimos del poema, sujetos hasta ahora á tantas controversias. Esta edición ha fijado de tal modo el texto, que puede sustituir con entera seguridad al códice original, haciéndole inútil si no fuera tan venerable; y bien puede su afortunado poseedor encerrarle desde hoy en vistoso relicario que le defienda de manos profanas ó codiciosas, pues sin riesgo puede asegurarse que nadie leerá en él más de lo que el Sr. Menéndez Pidal ha leído.

Me falta espacio, señores, para compendiar y poner ante vuestros ojos todos los servicios que el nuevo Académico ha prestado á la erudición española en

su parte más obscura y difícil. Cualquier artículo suyo, cualquier *recensión* de un libro, una simple nota etimológica como las que ha publicado la *Romania*, contienen algo nuevo y á veces novísimo, algo que hace pensar y que abre camino para futuras investigaciones. El Sr. Menéndez Pidal se ha librado hasta ahora, y gracias á su método y á su carácter se librará siempre, de escribir ninguna palabra ociosa, de sacrificar á la retórica lo que se debe á la verdad, de proceder por aproximaciones y tanteos y no por vista real y sincera de la cuestión que se estudia, de afirmar temerariamente cuando se debe dudar, de abstenerse tímidamente cuando se debe afirmar. Une á la valentía de pensamiento y á la sabia moderación del estilo, el más nimio escrúpulo de la exactitud y el desinterés científico más absoluto, que en modo alguno ha de confundirse con la indiferencia, pues sin particular vocación, sin amor entrañable al asunto, sin el fervoroso amor de patria que es el genio latente de todas estas empresas, ¿quién iba á imponerse en la edad más floreciente de la vida, trabajos tan arduos, tan pertinaces, tan duros, tan inaménos, que bastarían para quebrantar una organización de hierro, á no sostenerla aquel sobrenatural poder que proporciona sabiamente los medios á los fines y nunca desampara al artífice de una obra honrada, hasta que la ve dignamente cumplida?

HE DICHO.